



Tal vez sea la esclerosis de las ideas la que produce esta gerontocracia, o tal vez ocurra al revés. En la foto: Tito, ochenta y siete años, y Brejnev, casi setenta y tres, en Moscú.

El diálogo Brejnev-Tito

GERONTOCRACIA Y COMUNISMO

EDUARDO HARO TECLEN

SE dice que Tito ha ido a la Unión Soviética para calcular cuáles podrán ser las reacciones de Moscú con respecto a su país el día que Brejnev se retire o desaparezca de la escena política; y que Brejnev y los dirigentes soviéticos le reciben y le estudian con el fin primordial de especular sobre las consecuencias de su muerte. Tito cumplirá este mes ochenta

y siete años; Brejnev tendrá setenta y tres a fin de año, pero desde hace tiempo la prensa occidental considera que su salud es precaria. La imagen de estos dos ancianos revolucionarios estudiando mutuamente sus perspectivas de vida tiene algo patético.

Es un hecho que los países comunistas cultivan la gerontocracia y el conservadurismo

de las viejas figuras. Incluso cuando estas figuras desaparecen, como Stalin, Chu En-lai o Mao, por razones biológicas naturales, la sucesión recae en personas de edad avanzada, como si hubiera una especie de escalafón, o como si se quisiera a toda costa conservar los protagonistas y los testigos de los años difíciles de la revolución. Brejnev mismo no tenía

más que once años en 1917, pero se hizo adulto en los años de la guerra civil, del cordón sanitario, del comunismo de guerra. Hay varias explicaciones para este fenómeno, que está en contradicción profunda con el espíritu juvenil y renovador de los años revolucionarios y fundacionales. Una de ellas, y no la más convincente, es que los ancianos tienen toda la experiencia y toda la astucia necesaria para ascender y conservar el poder, dentro de la difícilísima complejidad burocrática del partido. Otra, paralela, es la de que el grupo que tomó el poder inicialmente se ha asegurado de tal modo sus resortes, a costa de borrar todas las sombras posibles —y Stalin fue el ejemplo más claro—, que nadie más pueda penetrar en él. Otra explicación más coherente es la de una especie de psicologismo de la situación: siendo el régimen establecido científicamente perfecto, cualquier renovación es arriesgada y, por lo tanto, nada mejor que conservar a quienes lo establecieron, que son los que mejor pueden comprender su verdadera esencia. Toda la lucha inicial contra los revisionismos y contra los desviacionismos era la afirmación del valor absoluto de lo fundado, o se justificaba por él: aunque no pueda excluirse de esta lucha la cuestión de la permanencia en el poder y su conservación.

Lo que ha producido este sistema es una esclerosis. El apartamiento paulatino de la izquierda de los países occidentales y del Tercer Mundo respecto a la Unión Soviética se refiere, sobre todo, a su estancamiento. Pocos comunistas o pocos revolucionaristas reprochan hoy a la URSS la dificultad de sus principios, o la de los años en construcción (las críticas a la revolución de 1917 no se refieren a su valor intrínseco, sino a lo que se considera la imposibilidad absoluta de repetición en el mundo actual, sobre todo en Occidente); lo que en el fondo reniegan es del envejecimiento, la atrofia del espíritu revo-

GERONTOCRACIA Y COMUNISMO

lucionario. Sobre todo, en lo que se refiere a lo humano. Es difícil negar hoy —ya no lo hace ni la derecha más cerrada— que la revolución soviética convirtió un país de esclavos, una inmensa extensión de barro y nieve, en una potencia de primer orden, en un sistema igualitario —dentro de la relatividad—, sobre todo en lo que se refiere a igualdad de opciones ante la vida. Pero se esperaba más, infinitamente más. Se habló de "paraíso", y se está lejos de él. Se dijo que la primera tarea era la construcción del socialismo para llegar a la "fase superior" del comunismo, y no se la ve llegar.

Tal vez sea la esclerosis de las ideas la que produce esta gerontocracia; o tal vez sea el gobierno de los ancianos el que produce la esclerosis. Pero el diálogo de Brejnev y Tito, contemplando cada uno de ellos la vejez del otro, calculando lo que puede suceder después de su muerte física o civil, tiene muy poco de marxista. Aunque tenga mucho de realista.

Una de las profecías que circulan por el mundo es la de que, a la muerte de Tito, la Unión Soviética podría, finalmente, recuperar Yugoslavia para su bloque, del que se desgajó en 1948. Las condenas de Tito, el fin de semana pasado en Moscú, a las injerencias de unos países en la política de otros y a las intervenciones militares estaban aparentemente inspiradas en las cuestiones de Camboya, de Vietnam y de China; pero su significación más clara era la continuidad en la defensa de la independencia de Yugoslavia con respecto a la Unión Soviética: la independencia política, al subrayar que "la construcción del socialismo puede tener diversas vías" y que esas diferencias constituyen "una realidad histórica" y la independencia física, económica, militar. Tito puede pensar que cuando Brejnev desaparezca, sus del-

finos van a intentar una anexión de Yugoslavia por cualquier medio. Pero Brejnev puede creer que en la misma Yugoslavia hay una tendencia al establecimiento de lazos mayores con la URSS, incluso a la inclusión en el Pacto de Varsovia, que sólo se revelará con toda su fuerza el día en que Tito desaparezca. Podría ocurrir que la acción de sostenimiento de esos elementos esté en marcha, desde Moscú, desde hace muchos años.

No parece que, dada la situación actual de la URSS con respecto a Occidente y a los países de su propio bloque, pudiera emprender ninguna acción militar contra Yugoslavia, después de Tito. No parece que Yugoslavia misma tenga ningún impulso prosoviético serio: más bien todas las tendencias indican que hay en primer lugar un deseo absoluto de independencia y en todo caso una cierta atracción por los modelos de vida occidentales. Pero tampoco parece que Yugoslavia vendría a caer de lleno en Occidente, aun sin Tito; y que si la URSS puede no hacer nada trascendental para sumarse a Yugoslavia, no estaría dispuesta a ningún caso a dejarla caer en el mundo occidental.

Pero todo son, aún, incógnitas. La verdad es que nadie sabe cuál es la fuerza que la vida física de Tito realiza sobre su país, ni cuáles las consecuencias de una muerte que no parece demasiado próxima más que por la cifra de sus años. Los nacionalismos de serbios, croatas y eslovenos, las diversas capas de comunismos diferentes, las tentaciones occidentales, la escasa satisfacción de lo conseguido hasta ahora por el comunismo, hacen de Yugoslavia una nación proclive a la disgregación. Su futuro es trascendental por el lugar material que ocupa en el mundo y por el puesto moral que Tito ha sabido ganar para su país. ■

Estados Unidos-URSS

EL "ESPIRITU D

LA reunión que van a celebrar, a partir del 15 de junio, Carter y Brejnev en Viena es un acontecimiento positivo. Las diversas variaciones que ha conocido el mundo en los últimos años no han cambiado el factor esencial de nuestro tiempo: la supremacía de estos dos países sobre todos los demás y su enfrentamiento mutuo. Fue en Viena también, y en 1961, cuando los dos dirigentes superiores de los dos países en esa época, Kruschchev y Kennedy, llegaron a un cierto acuerdo global que debía comenzar a establecer los términos de la coexistencia. Que luego se vendría abajo, con las consiguientes sacudidas del mundo y los grandes riesgos de los que no se ha salido. Carter y Brejnev no van, probablemente, a reanudar el "espíritu de Viena"; pero su entrevista puede desbloquear algunos de los grandes temas mundiales que la "segunda guerra fría" mantiene abiertos. Se entiende claramente que la reunión de tres días va mucho más allá que la simple firma de los acuerdos Salt II, e incluso que la pre-

paración de la tercera fase.

Pero este acontecimiento político puede comenzarse a ver con inquietud desde otros puntos del globo, desde otros países o desde diferentes facciones de poder se han instalado precisamente sobre la hostilidad mutua de los dos grandes. A partir de la OTAN. Más de una vez se ha dicho que la OTAN se ha ido creando como una entidad propia, relativamente independiente de los Gobiernos que la representan. Es uno de sus riesgos más manifiestos. De la misma forma que en algún país el Ejército puede mantener puntos de vista muy distintos a los del Gobierno, lo cual da origen a los frecuentes golpes militares, el organismo militar de la OTAN es mucho menos dúctil, mucho menos abierto que el de los Gobiernos parlamentarios —y, por lo tanto, cambiantes— que lo integran. Ya se ha puesto de manifiesto (TRIUNFO, número anterior) la hostilidad del general Alexander Haig, comandante supremo de la OTAN, a los acuerdos Salt II y, sobre todo, a la iniciación de la tercera fase en la que la OTAN po-

La hostilidad del general Alexander Haig, todavía comandante supremo de la OTAN, a los acuerdos SALT es manifiesta. En la foto, Haig, con el general alemán Geerd Schmulke, izquierda, y el norteamericano James Allen, durante la última reunión de la OTAN en Bruselas.

